

LA CONSERVACION Y GOBIERNO DEL MUNDO

§ 111.

La conservación del mundo

Dios conserva las cosas creadas en la existencia (dogma): verdad enseñada general y normalmente en la Iglesia. Cfr. D. 1784. *Cat. Romano*, parte primera, cap. 2 núm. 21.

1. La actividad conservadora de Dios no es *un mero no destruir*, sino *una influencia que garantiza la subsistencia de las cosas*. No es meramente indirecta, en cuanto que Dios crea para el hombre condiciones de existencia, sino directa, es decir, Dios se cuida de las cosas. Conviene observar que es también indirecta, consistiendo en el hecho de que Dios quiere que las cosas se apoyen y funden mutuamente dentro de su determinación concreta.

2. a) En el AT Dios se revela como el ser que garantiza la subsistencia tanto del Universo como de cada una de las cosas, aún de las más pequeñas e insignificantes. Dios es el señor de los tiempos. Por eso depende de El el tiempo de la subsistencia, aparición y desaparición de las cosas. A su debido tiempo, Dios envía la lluvia, el fruto y el alimento (*Jer.* 5, 24; *Deut.* 11, 14 y sig.; *Ps.* 145, 15).

Dios ha creado y a El le obedecen las horas y los años, el verano y el invierno, el día y la noche, el sol, que es el señor del día, y la luna y las estrellas, que presiden la noche: *Ps.* 74, 16 y sig.; 136, 8 y sig. Dios es el señor de la vida; mata y vivifica (*I Sam.* 2, 6). El espíritu del Señor llena el orbe terráqueo y abarca el Universo (*Sap.* 1, 7). Nada podrá existir si El no lo quisiese. Nada subsistiría si su eterno espíritu no lo compenetrase todo. El amor con que Dios ama las cosas es la garantía de su existencia (*Sap.* 11, 24-26). Véase Köhler, *Theologie des AT*, 75.

b) En el NT, cuando los fariseos acusan a Jesucristo de que ha infringido la ley del *sábado*, el Señor les responde que también su Padre trabaja siempre, sin exceptuar el sábado. Al terminar el día séptimo la obra de la creación, Dios no ha entrado en un estado de quietud pasiva. Dios es el conservador y gobernador del mundo y crea incesantemente. De ello deduce Cristo la justificación y la necesidad de su propia actividad (*Io.* 5, 17). Según la *Epístola a los Colosenses*, el Universo entero tiene su subsistencia en Cristo, que es el Primogénito de la Creación, en el que ha sido creado todo lo que hay en el cielo y en la tierra (*Col.* 1, 16).

3. En la *época de los Santos Padres*, al comentar *Io.* 5, 17, se afirma repetidas veces que el descanso sabatino de Dios no implica la supresión de la actividad divina.

San Agustín escribe a Consentius: "En caso de que preguntes si Dios ha hecho cada una de las partes componentes del cuerpo, verás que esto no comporta dificultad alguna, si comprendes el poder de la actividad divina, en cuanto el espíritu humano es capaz de comprenderla. Porque ¿cómo vamos a dudar de que todo lo que ahora se crea es hecho por Dios, puesto que el Señor mismo dice: "Mi Padre obra hasta ahora"? Por eso el descanso del séptimo día hay que entenderlo en el sentido de que Dios cesó de crear las cosas naturales, pero no cesó de dirigir las después que las hubo creado, como se dice en la narración del *Génesis*. Por consiguiente, como quiera que el Creador rige la Naturaleza, surgiendo todo según un orden determinado, en el lugar y tiempo debidos, Dios sigue obrando hasta ahora. Si Dios no formase las partes constitutivas del cuerpo, ¿cómo podría estar escrito: "Yo te conocía antes de formarte en el seno de la madre"? ¿Cómo se podría comprender que Dios "viste la hierba del campo que hoy florece y mañana es arrojada al horno"? A lo sumo podríamos creer que Dios viste la hierba y no forma el cuerpo. Porque cuando se dice "viste" se refiere ello no a una disposición antigua, sino a una actividad actual. De ahí proviene también el dicho arriba citado del apóstol relativo a la semilla: "Tú no siembras un cuerpo que ha de desarrollarse, sino solamente un grano, a saber, de trigo o de otra clase. Dios, por su parte, le da un cuerpo según su beneplácito." No se dice aquí "dió" o "comunicó", sino "da", para que se

reconozca que el Creador emplea el poder de su sabiduría en la creación de las cosas que aparecen todos los días, cada una a su debido tiempo. De esta sabiduría se dice: "Se extiende desde un extremo de la tierra hasta el otro y todo lo ordena amorosamente." No se dice "lo ha ordenado". Pero es un asunto inmenso el comprender, aunque no sea más que en reducidas proporciones, de qué modo las cosas caducas y temporales deben su existencia no a una actividad pasajera y temporal del Creador, sino a su fuerza eterna y duradera" (Carta 205, sección 3, núm. 17; *BKV* X, 250 y sig.). "Pues el poder del Creador, del Todopoderoso, de la fuerza que todo lo conserva es la causa de la subsistencia de todas las criaturas; si esta fuerza dejase de gobernar lo que ha sido creado, entonces desaparecerían las formas y toda naturaleza se destruiría... Como quiera que somos distintos de El, no estamos en El sino por la mera razón de que El lo hace, y ésta es la obra mediante la cual lo hace todo... y mediante esta disposición "vivimos, nos movemos y somos en El". De ello se deduce: "si deja El de obrar en las cosas, entonces no vivimos, ni nos movemos, ni somos" (*De genesi ad litteram*, lib. 4, cap. 12). "Del mismo modo, el verso es hermoso a su manera, aun cuando no puedan pronunciarse dos sílabas al mismo tiempo. Porque la segunda no se puede pronunciar antes de que haya dejado de ser la primera; y de este modo se llega ordenadamente hasta el fin, de suerte que la última sílaba suena sola, y las anteriores no suenan con ella, pero entretrejida con las anteriores, dando forma y ornamento a la poesía. Pero no por eso la obra de arte, en la cual surge la obra versificada, se halla de tal modo sometida al tiempo que su belleza esté repartida entre parte del tiempo, sostenida por él, parte por parte, en lo que se refiere a sus proporciones, sino que lo tiene todo simultáneamente, creando con ello el verso, el cual no lo tiene todo simultáneamente, sino que suprime con lo que sigue lo que ha precedido, siendo bello, no obstante, por mostrar breves huellas de la belleza creada por la constancia e inmutabilidad del arte. Lo mismo que algunos, erróneamente, aman más la belleza del verso que el arte mismo mediante el cual surge el verso, porque se dejan guiar por los oídos y no por la razón, así también muchos aman lo temporal y no buscan la Providencia divina que funda y gobierna los tiempos; y entregados al amor de lo temporal no quieren ir más allá de lo que aman y se muestran insensatos, ni más ni menos que el que al oír un magnífico poema se obstinase en no querer oír más que una sola sílaba. En realidad, no existen tales oyentes de poesías; pero el mundo está lleno de semejantes amantes de las cosas; seguramente porque no existe nadie que sólo pueda oír un verso y no la poesía entera, mientras que ningún ser humano puede percibir el orden total de los tiempos del mundo. Hay que observar, además, que nosotros mismos no somos partes de la poesía—mientras que hemos quedado convertidos en (caducas) partes de los tiempos a causa de la maldición (del pecado). Aquello se ensalza en cánticos, estando sometido a nuestro juicio—, esto lo experimentamos personalmente en nuestra sujeción a las penalidades. A ninguno de los vencidos les gustan las competiciones, aunque con su deshonor sean honra y ornamento de ellas; y también esto es, en efecto, una imagen de la verdad. Y solamente por eso se nos prohíben tales espectáculos, a fin de que engañados por las oscuras imágenes de las cosas (verdaderas), no nos apartemos de las cosas cuyas oscuras imágenes son. Ahí está la

razón de que los fundamentos y el gobierno del Universo sólo desagradan a los impíos y a los condeñados; mientras que a pesar de la miseria de éstos agradan a los que viven victoriosos en la tierra y a los que lo contemplan sin peligros en el Cielo. Porque al justo nunca le desagrade lo justo" (*De vera religione*, cap. 22). Y en *Confesiones* (lib. I, cap. 1): "Dios... mediante cuyas leyes giran los polos, se mueven en sus órbitas los astros, crea el Sol el día, modera la Luna la noche...; Dios, cuyas leyes, que son siempre constantes, impiden que aparezca el desorden en el continuo movimiento de las cosas móviles, convirtiéndolo con su gobierno en imagen de la inmutabilidad: mediante cuyas leyes es libre la capacidad de elección del alma, y recibe el malo castigo y el bueno recompensa, necesariamente, según un orden fijo y como corresponde a cada uno. Dios, del cual proviene todo lo bueno y la fuerza necesaria para vencer el mal. Dios, por encima de quien no hay nadie, fuera del cual no existe nada, sin el cual nada puede existir. Dios, que es superior a todo, en quien todo existe, con quien todo existe."

4. La conservación divina del mundo puede probarse de la siguiente manera a partir de la *esencia de la Creación*: Dios no sólo ha creado la esencia del mundo, sino también todas las formas de existencia con su "espacialidad" y "temporalidad". Por consiguiente, en lo concerniente a su temporalidad, es decir, a su fluir a través del pasado, del presente y del futuro, las cosas que existen fuera de Dios dependen de Dios. Esta dependencia implica un acto de creación continua, es decir, una actividad conservadora.

Santo Tomás demuestra la existencia de tal actividad de la siguiente manera: "Todo efecto depende de una causa en cuanto que ha sido causado por ésta. Lo mismo que el fluir de una cosa cesa necesariamente cuando deja de obrar la causa que la impulsa, así también el ser de una cosa no puede subsistir cuando deja de obrar la fuerza activa que ha producido el efecto, tanto en lo concerniente a su fluir como en lo que se refiere a su ser. Ahora bien, todas las cosas han recibido de Dios su ser, puesto que solamente Dios existe en virtud de su esencia, mientras que las criaturas sólo existen en cuanto que participan en el ser, siendo, por tanto, contingentes. Como quiera que las criaturas son contingentes, no sólo en el primer momento de su existencia, sino también durante todo el transcurso de su existir, para que puedan subsistir necesitan de la actividad conservadora divina. Como quiera que la influencia mediante la cual Dios conserva las criaturas no puede ser distinta de la influencia a la cual las criaturas deben la existencia, tenemos como resultado que la actividad conservadora y la actividad creadora de Dios son cosas idénticas. Ontológicamente consideradas, se trata aquí de la misma actividad, diferenciándose sólo en virtud de

su orientación, ya que la actividad creadora se refiere a algo que todavía no existe y la actividad conservadora a algo que existe ya.

Es falsa, por consiguiente, la teoría de los *deístas*, los cuales afirman que la conservación del mundo es meramente negativa, es decir, una no-destrucción. Falsa es también la opinión de los que afirman que la conservación del mundo es una creación continuamente renovada (Bayle, muerto en 1706). La conservación del mundo es una *creación incesantemente duradera*.

5. Suprimiendo la actividad con que conserva la subsistencia de las criaturas, Dios podría hacer desaparecer en los abismos de la nada el Universo entero y todo lo que hay en él, incluso los espíritus creados. Pero Dios mismo nos asegura que no lo hará nunca. Dios no *revoca su palabra creadora*. Con actividad divina e infinita creó Dios el mundo; y Dios ha aumentado esa actividad después que el hombre sumergió al mundo en el pecado. La *encarnación* del Hijo de Dios es, por decirlo así, una nueva creación del mundo, íntimamente relacionada con el pecado del hombre. En la encarnación, el mundo con todas sus misteriosas profundidades queda emancipado del poder del pecado y de la corrupción por éste producida. Tan en serio toma Dios el mundo, que no deja su obra en el caos y la corrupción. Más aún, si ha decidido conservar las cosas, a causa de su inmutabilidad no puede abandonar tal decisión. Las generaciones vienen y las generaciones desaparecen, la tierra, al contrario, sigue subsistiendo (*Ecl.* 1, 4). Todo lo que Dios hace, dura eternamente. El hombre no puede disponer de ello. El hombre ni puede deshacerlo ni puede añadir nada. Dios lo ha ordenado así para que se le tema (*Ecl.* 3, 14). Dios conserva la "mis-midad" de los seres personales; por lo que se refiere a los seres materiales e impersonales, Dios no conserva su individualidad, sino la suma de la materia y de la energía, que permanece siempre idéntica, desapareciendo los individuos cuando lo requieren las leyes naturales o debido a la acción destructora del hombre.

En la hora señalada por Dios tendrá lugar el *fin del mundo*. El Universo no subsistirá eternamente en la forma que actualmente posee. Pero el fin del mundo no significa aniquilación de la esencia del cielo y de la tierra, sino destrucción de su forma existencial actual, de su forma pasajera. El cielo y la tierra pasarán (*Mt.* 24, 35) en cuanto que quedarán convertidos en un cielo "nuevo" y una tierra "nueva" (*Ap.* 21, 1 y sigs.). Esta *nueva realidad existe ya en lo oculto*. Apareció con la encarnación del Hijo de Dios. Se ma-

nifestó en la actividad poderosa de Cristo, se realizó con significado prototípico para toda la Creación en la Resurrección del Señor y está presente simbólicamente en los Sacramentos. Pero todavía no se ha revelado plenamente. Nosotros no conocemos el momento de la revelación definitiva. Ese momento no es el fin de un proceso evolutivo natural del mundo. Surgirá súbitamente, cuando menos se le espere, hallándose el mundo en un estado de pleno desarrollo y actividad. Cuando la noche de la desesperación humana haya alcanzado un supremo grado de oscuridad, aparecerá Cristo (véase el *Tratado sobre los Novísimos*) y transformará al mundo. Esta será la tercera y última intervención de Dios con respecto al mundo. Mediante esta intervención, el mundo recobrará la forma que Dios le destinó en su plan de la creación. *La forma actual del mundo es un estadio pasajero*. En esa hora futura de la transformación, el mundo quedará limpio de toda corrupción y maldad, y Dios llevará a cabo lo que ha comenzado con Cristo, comunicando a la creación su propia gloria, de tal modo que en el mundo se transparentará la grandeza, gloria y majestad divinas. Entendida de este modo, la doctrina de la conservación del mundo no *incita al hombre a despreocuparse de todo y a entregarse a un descanso venturoso*. Para comprenderla debidamente, hay que relacionarla con la doctrina de la transformación del mundo, que puede tener lugar ahora mismo, mañana o dentro de millones de años. Esto depende de la libre e inescrutable voluntad de Dios. Por ser el mundo tal como es, nuestra existencia en él, mejor dicho, la forma actual de nuestra existencia es esencialmente inseguridad (véase P. Wust, *Ungewissheit und Wagnis*, 1937). Esta inseguridad es más decisiva y trascendental que los peligros que nos amenazan de parte del mundo. Nada puede hacer el hombre para protegerse contra ella. Frente a la omnipotencia de Dios, el hombre es un ser impotente.

Al mismo tiempo, el dogma de la Providencia divina significa para el hombre la más completa garantía. El sabe que no puede ser aplastado por ningún hado maléfico, pues el destino de todas las cosas está en las manos de Dios. Y Dios no permitirá que se pierda nada, sino que conservará todo lo que le ha entregado en su Creación; todo se repetirá de manera diversa en el mundo transformado en cielo nuevo y tierra nueva.

6. La filosofía de Heidegger, al prescindir del espíritu creador, ilustra indirectamente la doctrina sobre la actividad conservadora de Dios. En esa filosofía, la nada aparece como eterno

acompañante del ser. Incesantemente amenaza al ser y trata de arrastrarlo hacia sus propios abismos, y llegará el momento en que conseguirá realizar su propósito. Ha quedado en esta filosofía algo así como un eco de la verdad revelada, según la cual las cosas están colocadas sobre los abismos de la nada y caerían en ellos si Dios no las conservase. Pero mientras que Heidegger afirma que ningún rayo de luz penetra en la noche de la nada, la Revelación nos asegura que Dios mantiene en el ámbito de su amor a las cosas continuamente amenazadas por la nada. Por eso, a diferencia de lo que sucede en la filosofía heideggeriana, la actitud que adopta el cristiano ante la inseguridad de la existencia no es el miedo y tampoco el heroísmo desesperado que supera el miedo, sino la confianza. En medio de todas las inseguridades, desvalimientos, peligros y amenazas, Dios constituye un lugar de protección, refugio y seguridad. El hombre, profundamente inseguro, sabe que su existencia está asegurada por el amor de Dios. Cuanto más amenazado se siente por la inseguridad fundamental y original del existir, tanto más vivamente experimenta el consuelo de la seguridad que encuentra en Dios. Por eso puede soportar los horrores de la inseguridad, abandonándose en las manos de Dios, sin incurrir ni en la desesperación ni en el nihilismo.

7. Las actitudes que se derivan de la creencia en la actividad creadora de Dios (humildad, agradecimiento, amor, adoración; § 105) adquieren un nuevo fundamento y mayor firmeza mediante la creencia en la actividad conservadora de Dios. En esta creencia experimentamos al mismo tiempo la cercanía y lejanía de Dios.

“Dios es la causa universal. De Dios han recibido el taller de los pensamientos los que conspiran contra el hombre y contra Dios. El blasfemo, blasfema con la lengua que Dios y sólo Dios le ha dado. Y de Dios ha recibido las manos y los pies el que hace mal uso de ellos. Y en el momento en que el malévolo y el blasfemo cometen su pecado, reciben de Dios fuerzas sin las cuales no podrían hacer nada. Si Dios no les diese esas fuerzas, no podrían ni pensar, ni hablar ni obrar. Dios opera en la oración del niño. Y de Dios es la fogosidad del mancebo y de la doncella. Y cuando el hombre y la mujer trabajan, es Dios el que les da fuerzas. Y la tenacidad y paciencia del anciano, son una obra de la gracia de Dios. Y Dios es el que comunica conocimiento, sonidos y voces a los coros celestiales. Dios es el pensamiento y el pensar del pensador. Y Dios es el tesoro y el corazón del amante. Y de Dios son los planes y las obras del hombre activo. Dios es la hermosura que ama el artista, y Dios es el ojo con que el artista contempla la hermosura, y Dios es el que conduce la mano del artista que crea cosas hermosas.

Dios es la melodía que oye el artista, y Dios es el que oye la melodía en el artista, y Dios es el que dice y canta la melodía. Dios es el que ha puesto el ritmo en el artista... Todas las líneas y todas las melodías y todos los colores son colores, líneas y melodías de Dios. Sólo las imperfecciones de estas cosas se deben al hombre. No son nuestras, puesto que también los torsos son de Dios. Sólo el hecho de que sean mero torso es una cosa nuestra. Dios es la causa universal: es la causa de la vida entera y de la actividad del Universo, comenzando por el microcosmos que pulula en una pequeña gota de agua, hasta los gigantescos cuerpos que se mueven en los espacios. Dios es la causa de los abris floridos de nuestros campos y de la oscura plenitud de la selva virgen con su flora y su fauna. Y los abismos del Océano, con la vida que él oculta, y los de las montañas, con la vida que ellas encierran y guardan, y la atmósfera con sus misteriosas fuerzas, la plenitud entera del ser que nosotros conocemos, y la mayor plenitud que todavía no conocemos: todas estas cosas han sido pensadas, proyectadas y creadas por Dios. Todas. Hasta los más pequeños seres y todas las partes de los seres. El Universo entero y todo lo que hay en el Universo, Dios lo ha pensado con amor y lo ha creado amorosamente. Y si Dios dejase de querer y dejase de crear, la rica y grandiosa Creación desaparecería en los abismos de la nada. Entonces sólo existiría Dios, como existió en la eternidad antes de la Creación, en la cual el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo vivían en bienaventurada comunidad divina y conversaban eternamente conversaciones divinas. Dios es la causa universal. Todo lo que existe fuera de El, existe por El, de El y en El. Existe porque El lo quiere y como El quiere. Dios es la causa universal: nada puede cambiar ni modificarse si El no lo consiente. Nadie es prudente ante El y nadie es fuerte contra El. Si El no quiere, nadie puede introducir cambio alguno en la marcha de las cosas. Los enemigos de Dios no pueden ejercer su poder si El no lo quiere. Si Dios no les da fuerzas, el asesino no puede matar, el ladrón no puede robar y el tirano no puede subyugar. Si Dios no le da su fuerza, el diablo no puede divagar en busca de alguien a quien devorar. Sin la fuerza de Dios, el infierno no puede ni maldecir ni blasfemar. Si Dios deniega al pecador su fuerza, no pueden cometerse pecados. Si Dios le negase su fuerza, en este mismo momento desaparecería el infierno" (Kühnel, *Vom Geheimnis Gottes in uns*, 1934, 10-13).

8. Como quiera que todas las criaturas sólo existen en cuanto que Dios las produce en un acto perenne, el mundo entero y todas las cosas en él se convierten para nosotros en un encuentro con Dios. En el preciso momento en que nos hallamos frente a un ser humano o una cosa, se presentan como surgiendo de los abismos del amor divino. Las cosas incesantemente surgen del interior del amor divino que las crea y conserva, y por eso se hallan en continuo movimiento. El *ex-sistere* debe entenderse en sentido literal. Las cosas existen en cuanto que salen y vienen de Dios (*sistunt ex deo*, es decir, *extra deum*, o lo que es lo mismo, *ex nihilo per deum*). Su subsistencia no es más que su salida del abismo amoro-

so divino. El mundo se halla, pues, en continuo movimiento a partir de sus más profundos orígenes. Pueden servir a ilustrar este hecho, hasta cierto punto, las constataciones de la ciencia natural, cuando afirma que el macrocosmos y el microcosmos se mueven incesantemente con la mayor rapidez; más aún, que la materia no es más que una concentración de energía. En este carácter de la materia podría verse un resplandor del ininterrumpido proceder del mundo de la voluntad divina en el cual se realiza su existencia.

Ahora aparece con más claridad el hecho de que la orientación hacia Dios sea un elemento esencial de las criaturas, manifestándose en la criatura racional mediante la entrega a Dios, así como el hecho de que el amor sea el núcleo personal y el centro vital de la criatura espiritual (§ 108).

9. Como es natural, Dios realiza la conservación del mundo, lo mismo que su Creación, en el orden de las relaciones y procesiones inmanentes. El Padre conserva el mundo mediante el Hijo en el Espíritu Santo (la conservación del mundo se atribuye con frecuencia al Hijo). De ahí resulta que para el creyente, el encuentro con el Dios que conserva el mundo se convierte en un encuentro con el Dios trino. Instruidos por la Revelación, moviéndonos en dirección inversa, desde el mundo hacia Dios, podemos descubrir en el hombre y las cosas un camino que en el Espíritu Santo mediante Cristo conduce hasta el Padre. (Para poder comenzar efectivamente esta marcha hacia el Padre, es preciso el conocimiento de Cristo, que es el camino que conduce al Padre y quien hace transitables todos los caminos que desde las criaturas conducen hasta Dios.) Véase J. Pascher, *Theologie des Kreuzes*, Münster-München, 1948.